Predicando en la cárcel de Tacumbú // Miguel Díez

La verdadera paz en Cristo

La verdadera paz no es simplemente un estado emocional o la ausencia de conflictos externos; es un regalo divino que solo puede encontrarse en Dios. No basta con decir que amamos a alguien; el amor verdadero se demuestra con acciones, como lo hizo Jesucristo al entregar su vida por la humanidad. Su sacrificio nos muestra un amor más profundo que cualquier amor humano. Para experimentar este amor, es necesario abrir nuestro corazón, permitir que Jesús entre y transforme nuestra vida desde dentro, cambiando nuestras prioridades, pensamientos y actitudes. Esta paz va más allá de lo que el mundo ofrece y se manifiesta como serenidad interior, confianza y gozo profundo, incluso en medio de las dificultades.

Contexto de guerra y la necesidad de paz

El orador y su esposa han viajado a Ucrania para predicar el Evangelio y han sido testigos del impacto devastador de la guerra y el odio en la vida de las personas. En lugar de enseñar a perdonar y a vivir en armonía, muchos son instruidos a odiar al enemigo, creando ciclos de violencia y resentimiento que perpetúan el conflicto. Esta experiencia muestra que la paz verdadera no se encuentra en acuerdos políticos ni en treguas temporales, sino en la transformación del corazón humano. La paz de Dios es necesaria para romper los patrones de odio y rencor, y para enseñar a las personas a amar incluso a quienes consideran enemigos.

La naturaleza divina de la paz

La palabra «paz» puede pronunciarse con facilidad, pero su verdadero significado implica la ausencia completa de guerra, violencia y conflictos internos. La paz humana es frágil y depende de circunstancias externas, mientras que la paz divina es eterna y trascendente. Jesucristo se presentó a sus discípulos asegurándoles que no temieran, porque Él mismo es la paz. Sin esta paz, los seres humanos permanecen en constante lucha con sus pasiones, egoísmo, rencores y conflictos internos. La paz de Cristo, en cambio, calma la tormenta del alma, libera de la culpa y el miedo, y permite vivir con serenidad aun cuando el mundo exterior sea turbulento.

La paz en la natalidad de Jesús

El nacimiento de Jesús en Belén durante la fiesta de tabernáculos simboliza el inicio de la paz divina para la humanidad. Según el Evangelio de Lucas, los ángeles anunciaron su llegada a los pastores, proclamando un mensaje de esperanza y reconciliación. La paz que trae Jesús no es abstracta, sino práctica: transforma la vida de quienes la aceptan y los invita a vivir según los principios del amor y la justicia divina. Canciones tradicionales como «Noche de paz» reflejan esta paz que solo puede provenir del Mesías, quien vino para redimir y reconciliar a los hombres con Dios y con los demás.

El perdón y la paz divina

La paz verdadera está inseparablemente ligada al perdón. Sin perdonar, la conciencia humana permanece cargada de culpa, recuerdos de errores y resentimientos. Jesucristo pagó el precio de nuestros pecados con su sangre, limpiándonos de toda maldad y abriendo la puerta a la reconciliación con Dios y con los demás. Desear la paz para otros y perdonar a quienes nos

han ofendido es una manifestación de la paz que Dios nos ofrece. Quienes no conocen a Cristo no pueden experimentar esta paz profunda, mientras que los que aceptan a Jesús pueden vivir libres de odio y resentimiento, llevando su paz a sus relaciones, comunidades y hasta en lugares de conflicto. La confianza en Dios, el perdón y la reconciliación son caminos que permiten experimentar la verdadera tranquilidad del alma.

La paz en la vida cotidiana y la fe

Recibir la paz de Dios se asemeja a reconciliarse después de una disputa: no se debe nada a nadie, y la relación queda restaurada. Esta paz diaria implica perdonar a quienes nos ofenden, pedir perdón por nuestros errores y vivir con la conciencia limpia. Incluso los saludos cotidianos pueden reflejar esta paz: sustituir palabras negativas por expresiones de bienestar y bendición, como «la paz de Dios», ayuda a crear un ambiente de armonía. La paz de Cristo es un fruto del Espíritu Santo, acompañada de amor, gozo, paciencia, bondad y templanza, y ofrece seguridad frente a los temores de la vida. Esta paz permite vivir con confianza, disfrutando de la vida sin miedo a las circunstancias externas ni a los juicios de los demás.

La paz en medio de la lucha espiritual

La paz de Cristo no se pierde aunque enfrentemos dificultades, luchas espirituales o adversidades externas. Incluso al combatir el mal, el pecado o la injusticia, la paz interior permanece como un refugio que fortalece al creyente. La palabra de Dios actúa como espada que vence al pecado, ayudando a morir al yo egoísta y vivir en Cristo. La armadura de Dios —escudo, espada, peto de justicia y frutos del Espíritu— protege al creyente y asegura que la paz no sea afectada por ataques externos. El evangelio de la paz nos

equipa para vivir en armonía y transmitir serenidad, aun en medio de conflictos espirituales o situaciones difíciles.

La justificación por la fe y la paz

La paz con Dios se recibe por la fe en Jesucristo, como se explica en Romanos 5:1. Confiar en Cristo permite que los pecados sean perdonados y la relación con Dios se restaure, lo que genera una paz profunda y duradera. Esta justificación no depende de obras humanas ni méritos personales, sino del amor y la gracia de Dios. La fe activa en Jesucristo permite vivir libres de culpa y experimentar la seguridad de la reconciliación divina, lo que es la base de la verdadera paz interior.

La historia de la mujer pecadora y la aceptación de Jesús

Hace 2000 años, una mujer pecadora se acercó a Jesús en la casa de Simón, lavando sus pies con lágrimas y ungéndolos con perfume en señal de gratitud. Su acto de amor y humildad fue arriesgado, ya que podría haber sido rechazada o juzgada por los presentes. Sin embargo, Jesús aceptó su gesto y mostró que la paz y el perdón divino están disponibles para todos, sin importar el pasado. Este relato refleja cómo la paz de Cristo transforma vidas y permite que incluso los más humildes y arrepentidos encuentren reconciliación y amor pleno.

La omnisciencia de Jesús y la transformación por su paz

Jesús conoce los pensamientos y necesidades de las personas incluso antes de que hablen. Esta omnisciencia nos asegura que nuestras oraciones son escuchadas antes de ser pronunciadas. La paz que Jesús otorga renueva al creyente como un niño, sin

culpa ni miedo, y proporciona alimento espiritual que transforma el interior. Esta paz permite vivir con pureza de corazón y abrirse a los cambios que Dios desea realizar en nuestra vida, produciendo un bienestar profundo y duradero.

El contraste entre el pecado y la paz de Cristo

El pecado ofrece solo un placer momentáneo y efímero, seguido de consecuencias negativas. En cambio, la paz de Jesucristo brinda bienestar verdadero y duradero. Ser portadores de esta paz convierte a los creyentes en canales del espíritu de Dios, permitiendo que su amor, gozo y serenidad fluyan a través de nosotros. Incluso en lugares difíciles o conflictivos, los hijos de paz pueden actuar como instrumentos de reconciliación y bendición, transformando ambientes con la presencia de Cristo.

La humildad y la necesidad de arrepentimiento

La humildad es clave para recibir la paz de Dios. Los orgullosos se mantienen alejados de la gracia, mientras que los humildes reciben la bendición divina. Pedir perdón por los errores diarios permite que Jesús limpie la conciencia y otorgue paz interior. La humildad y el arrepentimiento no solo liberan del peso de la culpa, sino que abren la puerta a la transformación espiritual, creando una vida en armonía con Dios y con los demás.

Oraciones y aplicaciones prácticas de la paz

La paz se vive activamente al perdonar a quienes nos han ofendido y al desear bienestar a todos los hombres de buena

voluntad. Orar para que Jesús inunde nuestra vida de paz permite actuar como pacificadores en nuestros entornos, transformando lugares difíciles como cárceles o comunidades en conflicto. Ser un hijo de paz significa llevar el amor de Cristo a todos los lugares, trabajando por reconciliar y sanar relaciones, y ser mensajeros de su paz en la sociedad. La paz de Dios no solo se recibe, sino que se comparte, multiplicando su efecto y construyendo un mundo más armonioso.